

# La palabra de Jesucristo, desde el punto de vista literario

## INTRODUCCIÓN

En la nueva LEY SOBRE REFORMA DE ENSEÑANZA MEDIA se menciona el Evangelio como parte principal de "una sólida instrucción religiosa", que es factor importantísimo de educación integralmente humana. La educación integral ha de habilitar y capacitar al hombre para conseguir todos los fines de la vida humana; y entre estos fines, naturalmente, no podía olvidarse el fin supremo de la vida, la felicidad eterna, a cuya consecución va ordenada la instrucción religiosa. Por otra parte, entre los libros de la religión cristiana ocupa el primer lugar el Santo Evangelio. De ahí el valor del Evangelio en orden a la educación integral.

Mas no tratamos ahora de este valor educativo del Evangelio, que es, sin duda, el más importante. Nos vamos a colocar en el terreno literario; y desde este punto de vista vamos a examinar si en orden a la formación literaria posee también el Evangelio valor educativo.

Imposible abarcar en un estudio necesariamente breve todos los aspectos literarios de los cuatro Evangelios. Nos ceñiremos a la palabra del divino Maestro. Y para no quedarnos en vagas generalidades, estudiaremos uno solo de sus discursos, el llamado *Sermon de la Montaña*, reproducido más extensamente por San Mateo, y más compendiosamente por San Lucas.

Al estudiar el arte de la palabra de Jesucristo deseamos lle-

gar a la raíz. Todo arte está basado en una ciencia; y el arte de la palabra tiene sus raíces en la psicología humana. Estudiaremos, pues, primeramente la psicología literaria de Jesucristo; y a la luz de esa psicología única podremos luego apreciar en su justo valor los incomparables encantos literarios del *Sermón de la Montaña*.

### I. PSICOLOGÍA LITERARIA DE JESUCRISTO

Recordemos algunos hechos. La primera vez que habló Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm, su palabra causó en los oyentes enorme impresión. "Se asombraron todos, de suerte que discutían diciendo: ¿Qué es esto? Una enseñanza nueva, dada con autoridad" (Mc., 1, 27). Y terminado el Sermón de la Montaña, "se maravillaban las turbas de su enseñanza; pues les enseñaba como quien tiene autoridad y no como sus escribas" (Mt., 7, 28-29). Cuando habló por vez primera en Nazaret, sus paisanos "se maravillaban de las palabras de gracia que brotaban de sus labios" (Lc., 4, 22). Después del sermón, en que prometió el pan eucarístico, exclamó Pedro: "Señor, ¿a quién nos iremos? Tú tienes palabras de vida eterna" (Jn., 6, 69). Y los alguaciles enviados por los jefes de los judíos para detener a Jesús se volvieron, sin él, con esta respuesta: "Jamás hombre habló así como habla este hombre" (Jn., 7, 46).

Evidentemente, Jesús poseía en un grado nunca visto el don o el arte de la palabra. Mas, ¿cómo lo adquirió? ¿De dónde le venía? Se preguntaban maravillados los judíos: ¿Cómo éste sabe letras sin haberlas aprendido?" (Jn., 7, 15). En este hecho está la clave del secreto. Jesús hablaba como nadie jamás habló ni hablará, precisamente porque no aprendió ni tuvo que aprender letras; porque el don de la palabra era en él enteramente natural: fruto espontáneo de su naturaleza humana, privilegiadamente única, que no resultado laborioso del arte. Merece examinarse de cerca esta que pudiera parecer paradoja.

Es el arte, en el hombre, un suplemento y auxiliar de la naturaleza, doblemente deficiente en él. Por una parte, las facultades humanas, inexpertas y como aletargadas en los primeros años, necesitan para su normal desenvolvimiento y actuación ex-

pedita educarse con ejercicio metódico, es decir, con arte. Por otra parte, no hay hombre cuyas facultades no tengan algunos defectos, que limiten su actividad; algunas trabas, que la embarracen; algunas tendencias aviesas, que la desvíen. De ahí la necesidad del arte, que, en la medida posible, supla y corrija esas deficiencias. Y de ahí también que la perfección alcanzada gracias a los esfuerzos del arte no sea ni pueda ser enteramente natural; como, al fin, nacida, no de la actividad innata y espontánea de la naturaleza, sino de la educación adquirida y laboriosa de las facultades. De ahí, finalmente, que las obras del arte no siempre sean simplemente artísticas, sino frecuentemente artificiosas, y aun artificiales. Y siempre, si el trabajo sobrepuesto a la naturaleza perfecciona las facultades, también las traba y cohibe. Raras veces el arte, aun en los casos más favorables, deja de translucirse y delatarse, a costa de la espontaneidad y frescura.

Dos casos típicos ilustrarán estas consideraciones. Sean dos escritores de primer orden, cada uno a su manera: Cicerón y Santa Teresa de Jesús. Cicerón es el tipo del escritor que, a base de una naturaleza ricamente dotada, debe, con todo, la extraordinaria perfección de su estilo y la gloria de sus éxitos literarios al cultivo prolongado y esmerado del arte. Santa Teresa, por el contrario, en medio de la ausencia casi absoluta de arte, se eleva a las cumbres más altas de la perfección literaria gracias únicamente a su naturaleza, singularmente privilegiada. Ambos son escritores maravillosos; ambos poseen eminentemente el don de la palabra; mas ninguno de los dos llena en absoluto el excelso ideal del escritor perfecto y consumado. En Cicerón, el arte ha fomentado y desarrollado, corrigiéndolas a un mismo tiempo, sus dotes nativas de escritor; el arte se ha compenetrado de tal modo con la naturaleza, que casi se ha hecho natural y se ha convertido en una segunda naturaleza; mas, al fin, el arte no es naturaleza, ni las maneras y hábitos artísticas pueden confundirse con las actividades espontáneas de la naturaleza. Cicerón no es artificial, ni casi artificioso; pero su elegancia artística conserva visibles las huellas que en ella ha impreso la obra del arte. Por esto la naturalidad de su palabra no llega a la ingenua espontaneidad de Santa Teresa. En ésta, en cambio, la ausencia de

arte ha dejado subsistir aquellas deficiencias o demasías, inherentes a la naturaleza humana, aun la más privilegiada. Las incorrecciones y negligencias literarias de Santa Teresa causan una ilusión, contra la cual no todos saben precaverse. De hecho agradan, o parecen agradar, semejantes defectos o descuidos literarios; mas en ello se padece una ilusión. Lo que en ellos agrada y encanta no es la incorrección en sí y por sí misma—semejante complacencia supondría una perversión total del criterio estético—, sino la amable espontaneidad que las acompaña, y el relieve que dan, por vía de contraste, a la incomparable gracia de su palabra que con ellos va envuelta. Esos mismos defectos, en otro escritor, que no sea Santa Teresa, engendran tedio y menosprecio.

Si estos dos tipos de perfección literaria pudieran unirse en un mismo escritor, tendríamos el escritor ideal. Pero ningún escritor puramente humano ha logrado, que sepamos, asociar y fundir en sí estos dos tipos. O el arte ha alcanzado una perfección relativa, con mengua de la espontaneidad, o la espontaneidad natural, sin arte, ha empañado su obra maravillosa con sombras y lunares. En lo humano, "Nihil est ab omni parte beatum".

Pero lo que los hombres no alcanzaron, lo ha alcanzado el Hombre-Dios, Jesucristo, cuya palabra asocia divinamente la perfección más acabada con la espontaneidad más fresca y natural. Este portento literario lo explica la psicología única de Jesucristo.

Jesucristo es el hombre cabal y perfecto. De esta perfección cumplida participaban todas sus facultades humanas, y particularmente sus facultades literarias. Sin deficiencias que colmar, sin tendencias aviesas que corregir, sin perturbaciones posibles que ordenar, sin inercias que activar, todas sus facultades, jerárquicamente ordenadas, estaban siempre expeditas para desenvolver su actividad con perfecta y espontánea normalidad. En particular, su inteligencia veía la realidad objetiva tal cual es, con exactitud y precisión; penetraba la naturaleza de los seres; percibía sus afinidades y relaciones; apreciaba sus valores conforme a sus méritos, y, contemplándolos a la luz de la verdad eterna, veía en ellos el reflejo de Dios y la tendencia hacia Dios. De ahí que su pensamiento era justo, diáfano, luminoso, comprensivo,

estético; ni se encogía ante lo grande, ni despreciaba lo pequeño. A su inteligencia respondía una fantasía fresca y lozana, pujante y sobria, dócil y rendida, sin desmayos mortecinos, sin desmanes alborotados, sin desvaríos locos. Y su Corazón, su amable Corazón, sentía profunda y delicadamente, amaba la naturaleza, amaba, sobre todo, al hombre, con amor apasionado, con amor hasta morir, y se interesaba por todo lo humano. Y para expresar su pensamiento lúcido, envuelto en imágenes apropiadas y matizado de suave sentimiento, disponía de una palabra ajustada y obediente. La psicología de la palabra, tan sujeta de ordinario a deficiencias desesperantes, a rebeldías indomables, a interferencias incoherentes, a parálisis y perturbaciones, era en Jesucristo perfectamente normal: funcionaba con regularidad indefectible, como un reloj concertado. A la llamada del pensamiento estaba pronta y a punto la palabra, siempre la más adecuada y expresiva, siempre la más oportuna y conveniente. Y todo ello sin conatos sin esfuerzos, sin tanteos ni titubeos. De ahí aquella pasmosa espontaneidad, naturalidad, fluidez y facilidad de la palabra de Jesús; y de ahí también su viveza y colorido, sus encantos y sus halagos, su potencia y su dulzura, insinuante y atrayente: era el pensamiento mismo de Jesús que volaba en alas de las vibraciones sonoras.

Pero Jesucristo, el hombre perfecto, el hombre ideal, era también Dios perfecto: era el Hijo de Dios hecho hombre. Y en cuanto Hijo de Dios era el Verbo, es decir, la *Palabra de Dios*: palabra viviente, palabra personal, en la cual y por la cual Dios Padre dice y expresa todo cuanto sabe y todo cuanto es. Esta palabra de Dios hecha carne es Jesucristo. Con esta Palabra Dios habló al mundo para revelarles los tesoros de su sabiduría y de su bondad. Hablar palabras de Dios era uno de los objetos primordiales de la venida del Hijo de Dios a este mundo. Notemos una misteriosa correspondencia. Jesucristo es la Palabra personal de Dios que se hace hombre, y su enseñanza es la palabra intencional (o lógica) de Dios que se encarna y manifiesta en la palabra humana. ¡Cuántos y cuán divinos títulos para que la palabra de Jesucristo fuera palabra perfecta! ¿Y qué maravilla si la Palabra de Dios al hablar palabras de Dios hablase *divinamente*? Si algo, pues, en Jesucristo había de ser perfecto, era su pala-

bra, divinamente humana. Y si toda su psicología humana era perfecta, cabal y consumada había de ser en él singularmente la psicología de la palabra. Y, en términos más llanos, Jesucristo había de dominar con señorío absoluto la palabra, para hacerla decir cuanto quisiera y como quisiera. Y si, sobre esto, Jesucristo, como Hijo de Dios, es por singular apropiación la Belleza de Dios, naturalmente su palabra había de ser estética, divinamente bella.

Completemos el pensamiento. Esta perfección de palabra era en Jesucristo no adquirida, sino congénita; no advenediza, sino nativa; no desarrollada con el tiempo, sino nacida con El; no efecto del arte, sino fruto de la naturaleza; en fin, no artificial ni artificiosa, sino espontánea y natural. El tipo de Cicerón y el tipo de Santa Teresa, el de la perfección más consumada y el de la naturalidad más espontánea, elevados ambos al sumo grado, se han compenetrado en Jesucristo y fundido en un tipo único de suprema belleza literaria, de palabra divinamente humana, tan espontánea como perfecta.

\* \* \*

Antes de pasar a contemplar los encantos de esta palabra en el Sermón de la Montaña, será menester desvanecer un prejuicio que pudiera impedir esta serena contemplación.

El célebre postulado "El arte por el arte", mal entendido, ha originado graves errores, aun en materia literaria. En nuestro caso este postulado negaría al Sermón de la Montaña el título y los plenos derechos de obra literaria, por la simple razón de que Jesucristo en él no se propuso deleitar, sino aprovechar; no hablar como artista, sino como maestro; no hacer obra de literatura, sino de moral. Por eso, los elementos de belleza, innegables, al supeditarse a un fin práctico, por noble que sea, perderían sus quilates estéticos y no serían suficientes para hacer del Sermón de la Montaña una obra propiamente literaria.

Semejante interpretación y aplicación del célebre postulado es a todas luces inadmisibile. Prescindiendo de otras consideraciones, nos atrevemos a decir que es un atentado contra el arte mismo y contra la estética. Razonaremos nuestro aserto.

La belleza es vida y realidad, no una categoría abstracta, arrancada de la realidad viviente. Para percibirla, para sentirla, no es necesario, mejor, es imposible, aislarla de la realidad. Hay que contemplarla cual Dios a manos llenas la ha derramado en la creación, hermanada con la verdad y la bondad. Pura belleza que no sea sino belleza, es una pura quimera. Y la belleza del hombre no es principalmente la de su rostro o de sus músculos, sino la de sus actos, la de su vida, y señaladamente la de su vida moral. Testigo el drama, y la epopeya, y la novela, y la lírica. Sólo se eclipsa la belleza de la vida cuando, desprovista de nobles ideales, supeditada a un utilitarismo rastrero, se arrastra en la prosaica vulgaridad. La belleza de la vida en tanto desmerece en cuanto desmerece la misma vida. Conforme a estos principios, la enseñanza, como función de vida social, puede ser altamente bella y puede ser rateramente prosaica. Todo está en la manera de enfocarla y ejercerla. La enseñanza desempeñada por interés o por vanidad personal, algo así como mercantilismo intelectual o como exhibición de teorías científicas, aun cuando verse sobre estética, es de lo más antiestético y prosaico que pueda imaginarse. Tampoco puede calificarse de estética la enseñanza puramente científica, aunque seria, que se mueva en el mundo de las ideas abstractas. No así la enseñanza de Jesucristo, principalmente en el Sermón de la Montaña. En el monte, al aire libre, rodeado de hombres sencillos e ignorantes, sumidos en el error, fatigados y desalentados por las luchas de la vida, Jesucristo, el Maestro, conmovido profundamente a la vista de tanta abyección y miseria moral, abre sus labios para enseñarles la verdad, para mostrarles el camino de la vida; y fluyen sus palabras dulces y palpitantes, populares y pintorescas, diáfanas y cálidas, de corazón a corazón. Negar belleza a semejante enseñanza, desterrarla del reino de la estética, es matar la belleza y reducir la estética a un frío almacén de abstracciones muertas.

Y vengamos al arte. Es oficio del arte no aislar la belleza, sino mostrarla, ponerla de relieve. Menguado arte el que arranca la flor de su raíz. No es menos bello un rosal florido que un ramo de rosas. Deber es del arte aislar, o, mejor, eliminar de la realidad viviente los elementos perturbadores de la visión y de la fruición estética, pero no despojar la belleza de su realidad y

vitalidad. Aun en sus ficciones se empeña el arte en fingir la realidad, so pena de hundirse en la región de sombras de muerte. "El arte por el arte", como con demasiada frecuencia se entiende, desconecta la belleza de la vida y de la realidad, y con ello la reduce a una categoría muerta, a un esquema irreal. La historia da su veredicto inapelable contra el postulado mal entendido de "El arte por el arte". San Juan de la Cruz, sin buscar el arte por el arte, en su cántico espiritual se elevó a las más altas cumbres de la poesía lírica, adonde jamás llegaron otros poetas líricos que pretendieron hacer obras de puro arte. Y nuestros primitivos romances históricos, menos preocupados del arte por el arte, ¿no superan estéticamente a los romances, más artísticos, que más tarde compusieron poetas de oficio? Y en otro orden de cosas y desde distinto punto de vista, ¿es menos estético el *Credo* de la Misa del Papa Marcelo, incorporado a la solemne liturgia de una Misa papal bajo la cúpula de San Pedro, que cantado por amor al arte en un profano orfeón? ¿O es menos estética la maravillosa *Oratio Ieremiae prophetae*, de Palestrina, dentro de la liturgia del Viernes Santo en la Basílica Lateranense o en la catedral de Sevilla, que ejecutada en el Liceo de Barcelona, por fines puramente estéticos? Y las vivientes esculturas de Salcillo, ¿son menos estéticas en una religiosa procesión de Semana Santa que exhibidas a los curiosos en un museo de arte?

Reléguese ya al olvido el funesto postulado mal entendido de "El arte por el arte", y saboreemos el delicioso Sermón de la Montaña, que, sin pretender ser obra de arte, entraña en su realidad viviente más alta belleza, más quilates estéticos que todas las obras de pura literatura nacidas bajo la estrella fatal de "El arte por el arte". La belleza, que, asida a la mano de sus hermanas la verdad y la bondad, se muestra esquiva y desdeñosa a los requerimientos de "El arte por el arte", desciende, complaciente con ellas, a las montañas de Palestina para acompañar al divino Maestro, cuya inteligencia es foco radiante de verdad, cuyo Corazón es hoguera de amor y de bondad, cuya palabra es el dechado supremo de belleza.

## II. BELLEZA LITERARIA DEL SERMÓN DE LA MONTAÑA

Es indispensable ante todo una observación. No poseemos el Sermón de la Montaña íntegro, cual salió de los labios del Maestro; las redacciones de San Mateo y de San Lucas son simples abreviaciones o compendios. Compendiemos, por ejemplo, uno de los diálogos de Platón o una de las Moradas de Santa Teresa, y palparemos cuánta belleza de la obra primitiva ha desaparecido en el compendio. Además, no tenemos la dicha de escuchar la palabra de Jesús en su lengua original aramaica, sino en una traducción griega, tan diferente de la original. Y aun habremos de contentarnos con la versión castellana, que será traducción de traducción. Notemos también que los dos escritores que nos han conservado el Sermón de la Montaña no son dos maestros, como Platón y Jenofonte, que nos legaron la palabra de Sócrates: son un empleado de aduanas y un médico. Pues bien, a pesar de todo ello, el Sermón, compendiado, dos veces traducido, y por manos nada expertas, conserva tesoros de belleza literaria cual no puede ostentarlos otra obra de literatura humana. ¡Qué encantos tendría la palabra original y viviente al fluir dulcemente de labios del Maestro!

El Sermón es largo, y cada una de sus frases sugiere muchas observaciones. Y es fuerza ceñirse. Después de muchos tanteos, nos ha parecido que el procedimiento menos inadecuado sería reproducir solamente los pasajes principales que permitiesen seguir el desenvolvimiento lógico del discurso y reflejasen al mismo tiempo más al vivo los encantos de la palabra del divino Maestro. Compendio de compendio, diluido, además, en nuestra humana palabrería. Mas es tal el brillo de su palabra, que no logran eclipsarlo totalmente nuestras cortedades e impericias.

\* \* \*

Comienza el Sermón con las llamadas Bienaventuranzas. Presentaremos la redacción de San Lucas, que, si bien incompleta,

parece reproducir más literalmente la palabra de Jesús. Procuraremos conservar su disposición rítmica:

Bienaventurados vosotros, los pobres,  
 porque vuestro es el Reino de Dios.  
 Bienaventurados los que tenéis hambre ahora,  
 porque seréis saciados.  
 Bienaventurados los que lloráis ahora,  
 porque reiréis.  
 Bienaventurados sois, cuando os aborrecieren los hombres,  
 y cuando os apártaren de sí y os insultaren,  
 y proscribieren vuestro nombre como malo,  
 a causa del Hijo del hombre:  
 gozaos en aquel día y saltad de placer:  
 porque, mirad, vuestra recompensa es grande en el cielo...

Mas ¡ay de vosotros, los ricos!  
 porque ya os tenéis vuestra consolación.  
 ¡Ay de vosotros, los que estáis hartos ahora!  
 porque padeceréis hambre.  
 ¡Ay de los que os reís ahora!  
 porque estaréis de luto y lloraréis.  
 ¡Ay cuando dijeren bien de vosotros todos los hombres!  
 porque así lo hacían sus padres con los falsos profetas.

(Lc. 6, 20-26.)

¡Qué contraste tan vigoroso entre las Bienaventuranzas y las malaventuranzas! A las caricias halagadoras de brisa primaveral suceden bruscamente los estampidos atronadores de las amenazas, "aire de tempestad, que el rostro azota". Y, envuelta en caricias y amenazas, ¡qué elevación de pensamiento! ¡Qué reversión de los valores humanos! ¡Qué visión de la vida, tan consoladora a la vez y tan austera! ¡Qué horizontes tan nuevos e insospechados de moral y de sociología! ¡Qué sugerencias tan embelesadoras y tan aterradoras! Y bajo el peso de tanta carga de pensamiento no sucumbe, agobiada, la palabra, no se quiebra el ritmo de la frase. Un lenguaje sencillo y popular, nítido y diáfano, concreto y viviente, que fluye sosegado y armonioso, es la "fermosa cobertura" de tan altos y graves pensamientos.

Tras este maravilloso exordio, y antes de formular la idea fundamental o, por así decir, la proposición de su discurso, se

dirige el Maestro especialmente a sus discípulos, portadores un día de esta nueva enseñanza, y con aquellas graciosas imágenes alegóricas: "Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo..." (Mt., 5, 13-16), les amonesta que no podrán ser mensajeros dignos de su palabra si no amoldan a ella toda su vida.

Como preparación inmediata de la proposición, hace esta declaración solemne: "No penséis que vine a abolir la Ley o los profetas: no vine a abolir, sino a dar cumplimiento. Porque en verdad os digo: antes pasarán el cielo y la tierra que pase una jota o una tilde de la Ley sin que todo se realice" (Mt., 5, 17-18).

Suena ya la proposición: "Si vuestra justicia no se aventajare a la de los escribas y fariseos, jamás entraréis en el reino de los cielos" (Mt., 5, 20). Este ideal de justicia, superior a la rabínica y farisaica, lo desenvuelve el Maestro bajo tres aspectos o en tres direcciones diferentes: de integridad, de rectitud y de intensidad. De ahí las tres partes principales del Sermón.

\* \* \*

Primera, la nueva justicia ha de ser íntegra, cabal, perfecta; tal, que llegue hasta a los actos internos y se extienda a los más delicados perfiles. Enemigo de divagaciones abstractas, propone Jesús casos concretos, en que a la justicia rudimentaria de los antiguos mandamientos de la Ley contraponen su nuevo ideal de justicia perfecta y consumada.

Abre la serie el quinto precepto del Decálogo: "Oísteis que se dijo a los antiguos: *No matarás*; y quien matare, será reo ante el tribunal. Mas yo os digo: que todo el que se encolerizare con su hermano, será reo ante el tribunal; y quien dijere a su hermano: *Casquívano*, será reo ante el Sanhedrín; y quien le dijere: *Insensato*, será reo de la gehena del fuego" (Mt., 5, 21-22). Las alusiones a la vida real, bien conocidas por los oyentes, daban a las expresiones del Maestro un relieve que nosotros sólo podemos vislumbrar. Pero lo más llamativo de este pasaje y de los siguientes es aquel contraste: "Oísteis que se dijo a los antiguos... Mas yo os digo". ¿Quién habló a los antiguos? Dios, como legislador, y Moisés, como portavoz de Dios. El lugar y oficio de entrambos

asume Jesús: el de Moisés, en calidad de Mesías; el de Dios, en calidad de Hijo de Dios. Como Mesías y como Hijo de Dios había de presentarse Jesús a Israel; mas no era todavía llegada la hora de las declaraciones explícitas y categóricas: "no tenía orejas" Israel para oír este estampido. Entretanto, Jesús, con fina diplomacia, les obliga a oír lo que no quisieran escuchar. No se concibe palabra más justa, expresiva y delicada que la empleada por Jesús, que dice lo que quiere y como quiere.

Después de los casos relativos al adulterio y al divorcio sigue el referente al juramento. Su disposición rítmica permitirá apreciar mejor sus rasgos pintorescos:

Oísteis que se dijo a los antiguos:

*No perjurarás, sino cumplirás al Señor tus juramentos.*

Mas yo os digo: que absolutamente no juréis:

ni por el cielo: pues es trono de Dios;

ni por la tierra: pues es escabel de sus pies;

ni por Jerusalén: pues es la ciudad del Gran Rey;

ni jures tampoco por tu cabeza:

pues no puedes volver blanco o negro un solo cabello.

Mas sea vuestro hablar: ¿Sí? Sí. ¿No? No.

Y lo que a eso se añade de más, proviene del Malo.

(Mt., 5, 33-37.)

¡Qué ideal tan amable de verdad y sinceridad! ¡Y qué expresión de este ideal tan sincera y verdadera! Ni falta su granito de sal.

Algo más serio, aunque con sus ribetes cómicos, es el siguiente pasaje, referente a la ley del talión: "Oísteis que se dijo: *Ojo por ojo, y diente por diente*. Mas yo os digo: no pongáis resistencia al malo; antes si uno te da una bofetada en tu mejilla derecha, vuélvele también la otra. Y al que quiere ponerte pleito y quitarte la túnica, déjale también el manto. Y si uno te fuerza a caminar con él una milla, anda con él dos. Al que te pide, da; y al que quiere pedirte prestado, no le hurtes el cuerpo" (Mt., 5, 38-42). Dura parece esta lección y difícil de entender. El hombre es celoso y tenaz de sus propios derechos y no puede sufrir ser atropellado en ellos. Y, sin embargo, nos manda Jesús que sepamos ceder de nuestros derechos. Mejor dicho: quiere que del terreno escabroso de los propios derechos, donde brotan las iras, las ri-

fias, los pleitos, los rencores, las guerras, nos levantemos a la "alma región luciente", donde florece la generosidad, la mansedumbre, la paz imperturbable; donde no se regatean los propios derechos, pero se observan colmadamente los ajenos. ¡Lección difícil de entender! Para que nos entre por los ojos, nos presenta el Maestro esas imágenes como de altorrelieve: la del que presenta su mejilla izquierda, la del que suelta la capa, la del que camina dos millas. Nosotros, hoy, a través de esas imágenes, podemos vislumbrar otra imagen trágicamente sublime, oculta entonces a los oyentes de Jesús: la imagen del Justo por antonomasia, que se deja atropellar en sus propios derechos para conquistarnos a nosotros el derecho al reino de los cielos.

Termina esta primera serie el gran mandamiento de la caridad fraterna, que llega hasta el amor de los enemigos. Aquí la palabra de Jesús, límpida y transparente, como siempre, parece se torna más dulcemente insinuante, más blandamente melodiosa. La versión compendiada de los Evangelistas no ha borrado enteramente su movimiento, rítmicamente ondulante:

Oísteis que se dijo: *Amarás a tu prójimo,*  
y aborrecerás a tu enemigo.  
Mas yo os digo: Amad a vuestros enemigos,  
benedicid a los que os maldicen,  
haced bien a los que os aborrecen  
y rogad por los que os persiguen:  
para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos,  
que hace amanecer su sol sobre malos y buenos,  
y llueve sobre justos e injustos.  
Porque si amáis a los que os aman,  
¿qué recompensa tendréis?  
¿por ventura no hacen eso mismo también los publicanos?  
Y si saludáis a vuestros hermanos solamente,  
¿qué hacéis de más?  
¿por ventura no hacen eso mismo también los paganos?  
Seréis, pues, vosotros perfectos,  
como vuestro Padre celestial es perfecto.

(Mt., 5, 43-48.)

¡Qué misterios de amor y de perfección moral revelados en ese lenguaje sencillo, ingenuo, casi infantil: que los niños entienden, que los sabios no acaban de sondear! Desde el punto de vis-

ta literario, la maravilla suprema de este lenguaje está en que llena plenamente el ideal y aun la esencia misma de la palabra; que, gracias a su perfecta diafanidad, quede imperceptible; para que toda la visibilidad quede reservada al pensamiento. Como el cristal: que tanto menos se ve, cuanto es más puro y transparente. La palabra ha de quedar humildemente oculta entre los esplendores del pensamiento que transmite.

\* \* \*

La segunda parte del Sermón es, literariamente considerada, más bella y graciosa todavía.

Comienza enunciando lo que podríamos llamar el principio o la ley de la rectitud y pureza de intención. Sin apelar a esas expresiones abstractas y prosaicas, que ya se han hecho usuales, declara el principio de una manera popular, con imágenes sacadas de la realidad viviente. "Mirad, no obréis vuestra justicia delante de los hombres, para ofrecer un espectáculo a sus ojos; de lo contrario, no tenéis recompensa cabe vuestro Padre, que está en los cielos" (Mt., 6, 1).

Sigue la aplicación de este principio universal a tres obras buenas, aquellas en que más suele cebarse la vanagloria espiritual: la limosna, la oración y el ayuno. Son tres cuadros en miniatura, de mano maestra; tres lindísimas etopeyas, como dirían los retóricos.

Primer cuadro: "Cuando, pues, hicieres limosna, no mandes tocar la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas (o farisantes) en las sinagogas y en las calles, para ser glorificados de los hombres; en verdad os digo: ya se tienen su recompensa. Mas al hacer tú la limosna, no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha, para que tu limosna quede en el secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te dará la recompensa" (Mt., 6, 2-4). ¡Cuántos de los oyentes de entonces—y de los lectores de ahora—se sonrojarían al oír estas verdades, y juntamente se sonreirían por la gracia con que el Maestro se las decía!

No es menos delicioso el segundo cuadro: "Y cuando oréis, no seréis como los hipócritas, que son amigos de hacer su oración, plantados de pie, en las sinagogas y en los ángulos de las plazas,

para exhibirse delante de los hombres; en verdad os digo: ya se tienen su recompensa. Mas tú, cuando orares, entra en tu cámara, y, echada la llave a la puerta, haz tu oración a tu Padre, que está presente en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te dará la recompensa" (Mt., 6, 5-6).

Completan este cuadro algunas instrucciones sobre el modo de hacer la oración. Es también una pintura satírica esta descripción de la oración mecánicamente verbal: "Y al orar, no barbotéis palabras, como los gentiles; porque se imaginan que con su palabrería van a ser escuchados. No os asemejéis, pues, a ellos, que ya sabe vuestro Padre de qué cosas tenéis necesidad, antes que se las pidáis" (Mt., 6, 7-8). Y les enseña a continuación la gran oración cristiana, enderezada al "Padre nuestro, que está en los cielos".

Sigue el tercer cuadro, no menos intencionado y cómico que los dos anteriores: "Y cuando ayunéis, no os pongáis téticamente sombríos, como los hipócritas, que desfigurán sus rostros para figurar a los ojos de los hombres como ayunadores; en verdad os digo: ya se tienen su recompensa. Mas tú, el día que ayunas, unge tu cabeza y lava tu cara, para que no aparezcas a los hombres como quien ayuna, sino a tu Padre, que está en lo escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te dará la recompensa" (Mateo, 6, 16-18).

No es posible imaginar una perfección moral más pura, recta y elevada, ni un modo de enseñarla más ingenuo, humano y gracioso. La perfección moral y la perfección literaria se dan la mano.

Mas no le basta al divino Maestro la rectitud moral; quiere que el deseo de la justicia se sobreponga a todos los deseos y cuidados terrenos; que los acalle, los señoree, los absorba. Este nuevo aspecto de la justicia es el tema de la tercera parte del Sermón.

\* \* \*

Comienza el Maestro atacando en su raíz la codicia de los bienes terrenos, contraponiendo a los menguados y deleznablez bienes de la tierra los inapreciables e imperecederos tesoros del cielo: "No os atesoréis tesoros sobre la tierra, donde la polilla y la

herrumbre causan estragos, y donde hay ladrones, que perforan las paredes y roban; atesoraos más bien tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni la herrumbre causan estragos y donde no hay ladrones que perforen las paredes y roben". Corona de este contraste realista es esta sentencia, profundamente psicológica: "Porque donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón" (Mt., 6, 19-21). La razón de codiciar los bienes terrenos es que los miramos y apreciamos como verdadero tesoro; y, a su vez, la razón de mirarlos y apreciarlos así es nuestra falta de luz, nuestra falta de ojos para ver y apreciar las cosas como son, en su justo valor.

Luz y ojos; estos dos elementos de la visión clara los asocia y funde el Maestro en una imagen preciosísima: "La lámpara de tu cuerpo es el ojo" (Mt., 6, 22). Este considerar el ojo como lamparilla del cuerpo entraña tanta gracia estética como verdad psicológica. Cerrados los ojos, el cuerpo se queda a oscuras, como si se hubiera apagado la luz; abiertos los ojos, el cuerpo entero queda iluminado, como si se hubiera encendido la luz. En este sentido, prosigue el Maestro: "Si, pues, tu ojo estuviere bueno, todo tu cuerpo estará iluminado; mas si tu ojo estuviere malo, todo tu cuerpo estará en tinieblas" (Mt., 6, 22-23). Es decir, si hay luz en el corazón para ver las cosas como son, sus aspiraciones y sus actos quedarán iluminados; mas si falta la luz en el corazón, sus aspiraciones y sus actos quedarán en tinieblas. Por esto concluye: "Si, pues, la luz que hay en ti es oscuridad, ¿la oscuridad cuánta será?" (Mt., 6, 23). Si la inteligencia, que de suyo es luz, está en tinieblas, ¿qué tinieblas no envolverán la vida, que de suyo no tiene luz?

Otra imagen pinta al vivo la absoluta incompatibilidad de la aspiración a los bienes celestes con la codicia de los bienes terrenos. El ritmo de la frase ayudó a su mejor inteligencia:

Nadie puede ser esclavo de dos señores;  
 porque o bien aborrecerá al uno y amará al otro,  
 o bien se apegará al uno y no hará caso del otro:  
 no podéis servir juntamente a Dios y a la Riqueza.

(Mt., 6, 24.)

Esta imagen del esclavo antiguo aplicado al servicio de un solo amo declara admirablemente la imposibilidad de mantener a la vez en el corazón el perfecto amor a Dios y la afición al dinero.

Y ¿para qué—prosigue el Maestro—preocuparse por el dinero, acongojarse por las necesidades de la vida? ¿No sabéis que tenéis Padre en los cielos que mira, solícito, por vosotros? Esta imagen de la paternal providencia de Dios es acaso la más hermosa y encantadora de todo el Evangelio y de toda la literatura. Mas dentro de esta imagen se desenvuelve un vigoroso razonamiento, sólidamente trabado; un discursito en miniatura, cabal y perfecto. El desenvolvimiento lógico del pensamiento es el hilo de oro que enlaza las graciosas imágenes. No hay que olvidar tampoco el marco del cuadro, las circunstancias de lugar y tiempo en que hablaba el Maestro. Habían pasado pocas semanas desde la Pascua: era plena primavera oriental. En los campos que se extendían a la vista del Maestro y de sus oyentes se erguían las espigas, ya granadas, y al lado de ellas lucían sus vistosos colores las anémonas y amapolas. Por el aire revoloteaban los golosos gorriones, que saciaban su voracidad en las espigas. Previa estas observaciones, podremos saborear las palabras del divino Maestro. Su disposición rítmica nos ahorrará impertinentes comentarios:

Por esto os digo: no os preocupéis por vuestra vida,  
 qué comeréis o qué beberéis;  
 ni por vuestro cuerpo con qué os vestiréis.  
 ¿Por ventura la vida no vale más que el alimento,  
 y el cuerpo más que el vestido?

Mirad las aves del cielo:

que ni siembran, ni siegan, ni allegan en graneros:  
 y vuestro Padre celestial las alimenta.  
 ¿Acaso vosotros no valéis más que ellas?  
 ¿Y quién de vosotros a fuerza de preocupaciones  
 es capaz de añadir un solo codo a la duración de su vida?

Y por el vestido, ¿a qué preocuparos?

Observad los lirios del campo cómo crecen,  
 no trabajan, ni hilan:  
 y yo os digo que ni el mismo Salomón en toda su gloria  
 se vistió como uno de ellos.

Y si la hierba del campo,  
 que hoy es, y mañana se echa en el horno,  
 Dios así la viste,  
 ¿no mucho más a vosotros, gente de poca fe?

No os preocupéis, pues, diciendo:  
 ¿qué comeremos? ¿o qué beberemos?  
 ¿o con qué nos vestiremos?  
 —pues cosas son todas esas que buscan los gentiles—,  
 que bien sabe vuestro Padre celestial  
 que de todas ellas tenéis necesidad.

Buscad primero el reino de Dios y su justicia,  
 y todas esas cosas se os darán por añadidura.  
 No os preocupéis, pues, por el día de mañana,  
 que el día de mañana ya se preocupará de sí;  
 bástale a cada día su propio mal.

(Mt., 6, 25-34.)

Si en los apuntes tomados por un prosaico empleado de aduanas, vertidos más tarde al griego no sabemos por quién, trasladados ahora fatigosamente al castellano, es tanta todavía la gracia y la hermosura que se conserva, ¿qué sería la palabra original y viviente del Maestro divino? Sus afortunados oyentes, mientras observaban la fruición con que los gorriones devoraban los granos del trigo; mientras contemplaban admirados la encendida púrpura de las amapolas y anémonas de los campos, escuchaban embelesados aquella dulce palabra, reveladora de más dulces verdades; y en sus cadenciosas vibraciones sentían palpitar el paternal corazón de Dios, su Padre celeste, que si ceba los pájaros y engalana las flores no dejará a sus propios hijos sin sustento y sin vestido. Y por primera vez acaso se abría su pecho a la confianza filial.

\* \* \*

Terminado el triple desenvolvimiento del pensamiento fundamental, propone el Maestro varios consejos o avisos, de carácter más práctico.

El primero era, y sigue siendo todavía, de grande actualidad. Los que se creen justos suelen ser justicieros; tales eran, sobre

todo, los escribas y fariseos. Por esto previene el Maestro a sus oyentes que no juzguen a sus hermanos. "No juzguéis—dice—, para que no seáis juzgados". Para retraerlos de esos juicios temerarios, les advierte que en esta materia vige la ley del talión: "Porque con el juicio con que juzgáis seréis juzgados, y con la misma medida con que medís, se os medirá a vosotros". Mas, no contento con amenazar, echa mano de la sátira. Se solazarían los oyentes al escuchar esta risueña caricatura de los justos presumidos que, olvidados de sus tachas, se lanzan a juzgar a los demás: "¿A qué viene el ver la brizna en el ojo de tu hermano y no adviertes la viga que está en tu propio ojo? ¿O cómo vas a decir a tu hermano: Deja que te saque la brizna de tu ojo, y en tanto está la viga en tu ojo? Farsante, saca primero de tu ojo la viga, y entonces verás claro para sacar la brizna del ojo de tu hermano" (Mt., 7, 1-5).

Otro peligro de los justos principiantes suele ser la indiscreción. Contra ella los amonesta el Maestro con estas imágenes realistas: "No déis lo santo a los perros, ni arrojéis vuestras perlas delante de los puercos, no sea que las pisoteen con sus pies, y, revolviendo contra vosotros, os despedacen" (Mt., 7, 6).

Es engaño harto común en los principiantes imaginarse que la senda de la justicia es un camino espacioso, sembrado de flores. Al ponernos en guardia contra esas ilusiones, la voz del Maestro adquiere un tono profundamente melancólico. Pero la emoción nunca nubla la diafanidad de su palabra, ni empaña el brillo de las imágenes, ni quiebra el ritmo de la frase:

¡Entrad por la puerta angosta!

¡Cuán ancha es la puerta,  
y espaciosa la senda,  
que lleva a la perdición!

¡Y son muchos los que entran por ella!

¡Cuán angosta es la puerta,  
y apretada la senda,  
que lleva a la vida!

¡Y son pocos los que dan con ella!

(Mt., 7, 13-14.)

¡Bellísimas estrofas de una sentida elegía!

Palpitante de sobresalto es la siguiente amonestación contra

los falsos profetas, que con sus perversas doctrinas tuercen el camino de la justicia. Lo pintoresco de las imágenes, las puntas y ribetes de sátira, y el paralelismo de la frase, mitigan la severidad de la amonestación:

Guardaos de los falsos profetas,  
 que vienen a vosotros con vestiduras de ovejas;  
 mas de dentro son lobos rápaces.  
 Por sus frutos los reconoceréis.  
 ¿Por ventura se cosechan uvas de los espinos  
 o higos de los abrojos?  
 Es así que todo árbol bueno produce frutos buenos,  
 mas todo árbol malo produce frutos malos  
 No puede el árbol bueno llevar frutos malos,  
 ni el árbol malo llevar frutos buenos.  
 Todo árbol que no produce fruto bueno,  
 es cortado y arrojado al fuego.  
 Así, que por sus frutos los reconoceréis.

(Mt., 7, 15-20.)

Por fin, advierte el prudente Maestro que no basta conocer el camino de la justicia, sino que es menester andarlo; al conocimiento se han de juntar las obras de justicia; a la teoría, la práctica. Para inculcar esta verdad capital echa mano de dos recursos nuevos: una escena dialogada, y díptico parabólico.

La escena dialogada tiene vislumbres trágicas:

¿Por qué me llamáis *Señor, Señor*,  
 y no hacéis lo que digo?  
 No todo el que me dice *Señor, Señor*,  
 entrará en el reino de los cielos;  
 sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos,  
 ese entrará en el reino de los cielos.  
 Muchos me dirán en aquel día:  
 Señor, Señor, ¿acaso no profetizamos en tu nombre,  
 y en tu nombre lanzamos demonios,  
 y en tu nombre obramos muchos prodigios?  
 Y entonces les declararé:  
 Nunca jamás os conocí:  
 apartaos de mí los que obráis la iniquidad.

(Lc., 6, 46; Mt., 7, 21-23.)

La parábola final presenta dos cuadros antitéticos: la casa cimentada sobre peña viva, y la casa levantada sobre arena. La primera representa al que oye las enseñanzas del Maestro con firme resolución de ponerlas por obra; la segunda, al que las oye con fruición estética, sin preocuparse de su ejecución. Concluye el Maestro:

Así, pues, todo el que escucha estas mis palabras,  
 y las pone por obra,  
 se asemejará a un varón prudente,  
 que edificó su casa sobre peña;  
 y bajó la lluvia,  
 y vinieron los ríos,  
 y soplaron los vientos,  
 y se echaron sobre aquella casa:  
 y no cayó:  
 porque estaba cimentada sobre la peña.

Y todo el que escucha estas mis palabras,  
 y no las pone por obra,  
 se asemejará a un hombre necio,  
 que edificó su casa sobre la arena;  
 y bajó la lluvia,  
 y vinieron los ríos,  
 y soplaron los vientos,  
 y se echaron sobre aquella casa:  
 y cayó:  
 y su ruina fué grande.

(Mt., 7, 24-27.)

Para no asemejarnos nosotros al hombre necio, admiremos, sí, la estética de la parábola, más no echemos en olvido su lección ascética.

#### CONCLUSIÓN

Antes de terminar es necesaria una observación. Hemos podido admirar y saborear la palabra del divino Maestro, aquellas sus "transparencias doradas y luminosas", para usar una hermosa frase de Menéndez y Peláyo. Mas nos hemos de precaver contra una ilusión descabellada: la de querer imitar lo inimitable; la

de tomar como dechado único y exclusivo de nuestra formación literaria esa palabra humanamente divina, superior a toda literatura y a todo arte. La razón de moderar nuestras aspiraciones es, no solamente la soberana perfección de esa palabra, sino también, y principalmente, el origen de esa singular perfección. El Maestro divino nada debió al arte; lo que el arte pudiera haberle dado, ya él se lo tenía de su propia cosecha. Su ingénita perfección psicológica era el origen de su nativa perfección literaria. Por esto, como no podemos nosotros soñar en llegar a poseer su perfección psicológica, tampoco debemos empeñarnos en remedar su perfección literaria. Lo uno y lo otro es inasequible a nuestra debilidad y bajeza. Sin alas no podemos seguir los vuelos del Maestro.

Otros maestros menos excelsos pero más asequibles ha preparado la Providencia divina para nuestra educación literaria. Los que se formaron con arte, es decir, con método y con trabajo, son los guías y modelos natos para los que con arte se han de formar. Los escritores clásicos, sobre todo, que enfocaron el arte acertadamente, son los maestros apropiados para los que con arte, supuestas siempre las dotes naturales, desean alcanzar la perfección literaria. ¡Terrible poder el del arte y terrible responsabilidad la de los maestros! Pueden formar, y pueden también deformar. El arte tiene su objeto, su esfera de acción, sus métodos, sus límites. Quien respeta sus fueros, forma; quien los atropella, deforma. De lo artístico a lo artificioso y a lo artificial no hay sino un paso.

De todos modos, aun en los casos más favorables, el arte educador nunca es una energía intrínseca y natural. El arte no es naturaleza. Por eso aun en los modelos artísticos más aventajados el arte ha dejado impresa su huella. La facilidad adquirida por el arte no es la espontaneidad y frescura ingenua con que obra la naturaleza. Si una vez agotados los recursos del arte, una vez alcanzada la formación que el arte proporciona, nos llegamos al Evangelio y escuchamos la palabra del Maestro, perfecta cual ninguna otra, perfecta sin arte, flor de la naturaleza sin las espinas del arte, experimentamos una sensación estética enteramente nueva, de una belleza incomparable, tan exquisitamente perfecta como candorosamente espontánea. Y esta sensación plá-

cida, penetrante, regeneradora, como de bálsamo que unge el corazón, puede ser el mejor complemento de la educación clásica. Nada mejor que esta sensación evangélica para corregir los defectos desapacibles que los sudores del arte han dejado en las obras literarias más acabadas. No se escribió el Evangelio para la formación literaria; mas nadie está más capacitado para saborear las bellezas literarias del Evangelio y nadie sacará de ellas tanto provecho literario como el que se llegue a leerlo con una perfecta educación clásica. Tal es la *palabra de Jesucristo*, tal su valor y eficacia, *desde el punto de vista literario*.

JOSÉ M. BOVER, S. J.

*Facultad Teológica de Sarriá (Barcelona).*